

Iritzia

Behatokia

POR
Koldo Mediavilla



El discurso de David Cameron

El primer ministro británico dio una lección. Quiso ganar adeptos por confianza, por voluntad, no alimentando el miedo o el desastre

El género del discurso es una pieza literaria menor. No es ni un ensayo ni una novela. Es, más que nada, un hecho comunicativo en el que un orador plantea unas ideas ante un auditorio determinado.

Por norma general, se entiende que los discursos resultan tediosos, rígidos y formalistas. En la mayoría de los casos lo son, pero cuando lo que se pretende de verdad es conectar con el público que escucha, buscar su complicidad y hasta sus sentimientos, las disertaciones se transforman notablemente para hacer saltar la chispa, el *feed-back*, esa respuesta instantánea del receptor que demuestra su interés por lo dicho o mencionado.

Hay pláticas memorables que se convierten en referencia, como el sueño de Luther King, las últimas palabras de Allende en La Moneda, las de JFK en Berlín o la toma de posesión de Nelson Mandela como presidente sudafricano. Hay otros que se olvidan con la rapidez de quien apaga el micrófono tras su pronunciamiento.

Bill Clinton o Barack Obama —y en su defecto los guionistas o *negros* que escriben para ellos— son, a mi juicio, dos de los mejores comunicadores políticos del momento. Sus

intervenciones públicas superan la media. Para expresar un mensaje buscan una historia que contar, un argumento que concite la atención y que impacte con lo que el público espera escuchar de ellos. A estos dos líderes mundiales acaba de sumarse, quizá fugazmente, David Cameron. El primer ministro británico sorprendió a propios y extraños hace unos días con una intervención pública, vinculada al referéndum de independencia de Escocia, digna de elogio.

Resulta complicado para un nacionalista vasco, simpatizante entregado a la causa escocesa, reconocer el valor de las palabras del máximo representante del gobierno del Reino Unido. Pero cuando el argumento de la unión, de la “no separación” se fundamenta en el respeto a la democracia, al principio de igualdad de ciudadanía y de pueblos y tal compromiso se fundamenta en la voluntad, es de justicia reconocer el apasionamiento de unas ideas, de una simbología y de un discurso.

Cameron se dirigió al conjunto de la opinión pública británica para defender el ‘no’ a la independencia escocesa. Lo hizo en la parte central del velódromo olímpico de Londres, donde el ciclista escocés Chris Hoy ganó su sexta medalla de oro como parte del equipo británico. Con la simbología del verano olímpico de 2012, “cuando el patriotismo salió de las sombras al sol”. “Siglos y siglos de nuestro pasado —señaló David Cameron— están en juego y surge un gran interrogante en torno al futuro de nuestro Reino Unido. Si triunfa el ‘sí’ en septiembre, Escocia se convertirá en un país independiente. Ya no habrá marcha atrás. Tal y como he dejado claro, se trata de una decisión que de manera inequívoca y única han de tomar los escoceses.”

“Creo fervientemente —prosiguió— que está en su propio interés permanecer dentro del Reino Unido. Es su elección, su voto”. “Pero mi argumento de hoy —continuó el primer ministro británico— es que, aunque solo vayan a votar cuatro millones de personas en este referéndum, los 63 millones que somos en todo el Reino Unido nos veremos profundamente afectados por dicha decisión. Nosotros, esos 63 millones de personas, podríamos despertarnos el 19 de septiembre en un país diferente, mirando hacia un futuro diferente. Por eso, este discurso va dirigido no tanto a los escoceses como a los ingleses, galeses e irlandeses del Norte. Así que a todo el mundo —en Inglaterra, Gales e Irlanda del Norte— a las personas que, como yo, se preocupan por el Reino Unido, quiero decirles que no tienen un voto, pero sí tienen una voz. Los que votan son nuestros amigos, son

nuestros vecinos, son nuestra familia. Vosotros ejerceréis una influencia. Así que, en el teléfono, en el correo electrónico, en twitter, hablad. Y dejad que el mensaje resuene desde Manchester a Motherwell, de Pembrokeshire a Perth, de Belfast a Bude. Desde nosotros a la gente de Escocia y que el mensaje sea este; queremos que te quedes”. Pasión, seducción, compromiso, fueron las claves de unas palabras no hirientes ni amenazadoras. Convencido del juego democrático, Cameron dio una lección a todos y más a quienes se enfrentan a problemas similares con descalificaciones, intimidaciones o predicciones apocalípticas. Quiso ganar adeptos por confianza, por pura voluntad, movilizándolo decisiones. No alimentando el miedo o el desastre.

En España sucede todo lo contrario. Quizá la diferencia estribé en que mientras Gran Bretaña es la cuna de la democracia moderna, en el Estado español las ideas democráticas llegaron para algunos a la hora de la siesta. De ahí que ante cuestiones similares se responda de forma antagónica. Así, en tanto que Londres y Edimburgo pactaban un referéndum, una pregunta y un calendario sobre el futuro nacional de Escocia, en Madrid, cada vez son más los que piensan que la crisis catalana se soluciona suspendiendo su autonomía o, en su extremo más delirante, bombardeando Barcelona, como hiciera Espartero.

Más allá del resultado último de los procesos de Escocia y Catalunya y de sus consecuencias internas y externas, los vascos empezamos a asomar en el horizonte como un caso más de nación sin encaje satisfactorio en la realidad jurídico-política del entorno. Euskadi, de hecho, siempre ha estado en la página pendiente de la agenda. Pero, con el paso dado el pasado jueves en el Parlamento Vasco para constituir una ponencia que determine las bases para actualizar el autogobierno, se ha iniciado el camino para alumbrar

El trabajo político y parlamentario para definir una nueva Euskadi acaba de empezar. Aprendamos del pasado y superemos posiciones numantinas. Sin violencia, habíamos dicho, todo es posible

un nuevo estatus en el que la voluntad de la ciudadanía de este país se sienta identificada. Ha sido el inicio de un tránsito que surge a través de los cauces reglamentarios y legales establecidos en la normativa vigente y que deberá culminar con un referéndum en el que la voluntad libre de los vascos se exprese nitidamente. Partir de otro lado no tendría sentido. Se trata de una iniciativa institucional de reforma legal, no un movimiento social, y como tal debe seguir las pautas que articula la propia ley. Sin más. Idéntico camino que el utilizado, por ejemplo, por el nuevo Estatuto Político aprobado en su día por el Gobierno del lehendakari Ibarretxe.

El cruce de acusaciones suscitado en torno al arranque de este proceso ha dejado en evidencia todos los prejuicios y las dificultades que envolverán la definición de un nuevo autogobierno para Euskadi. Nadie dijo que fuera fácil, ni tan siquiera el punto de partida del debate. Por cierto, en la literatura de la Proposición No de Ley aprobada en Gasteiz comienza a aparecer veladamente cierta terminología utilizada en los *papeles de Loiola*. ¿Coincidencia?

La ponencia aprobada no es sino una herramienta, el autobús en el que todas las fuerzas políticas que así lo quieran, planteen y articulen sus propuestas. Algunos han pretendido que el comienzo del viaje sea el final del mismo. “Nos vamos”, han dicho. Irnos ¿a dónde?, ¿quienes?, ¿por qué trayecto?, ¿con qué paradas?, ¿a qué precio? Irse dependerá de los viajeros, de la mayoría social que apoye la marcha, no de una rueda de prensa o de una declaración oportunista. Otros han querido marcar sus *líneas rojas* a modo de veto preventivo ante el derecho democrático de la ciudadanía a decidir su destino.

Haría bien Patxi López, si quiere convertirse de verdad en estadista, en aprender de las virtudes de quienes como Cameron entienden que “convivir” significa “vivir juntos” de manera voluntaria, nunca bajo la subordinación o la sumisión. Busque la persuasión para ganarse voluntades a sus creencias. Convierta sus *líneas rojas* en *líneas verdes* y no convierta su posición en una trinchera. El trabajo político y parlamentario para definir una nueva Euskadi acaba de empezar. Aprendamos del pasado y superemos posiciones numantinas. Sin violencia, lo habíamos dicho, todo es posible. Desarmemos también nuestros prejuicios. El acuerdo es posible. Demos, entre todos, una oportunidad a una nueva Euskadi. Nación y ciudadanía en un nuevo proyecto de convivencia.

* Miembro del EBB de EAJ/PNV

C/Tendería, 23 - Casco Viejo de Bilbao

944 167 666



www.pedrosalcedo.es

PEDRO
SALCEDO

Viste tu "hogar" en Pedro Salcedo
en febrero ¡ROMPEMOS LOS PRECIOS!

FEBRERO: EL MES BLANCO